Me gustaría comenzar agradeciendo a Naciones Unidas el cobijo prestado bajo el techo de este templo de la paz y la concordia, el lugar donde la palabra alcanza su intención más noble de entendimiento entre los pueblos.

Agradezco al Club del Libro en Español, y especialmente a su presidenta, doña Begoña Peris, y vicepresidenta, doña Isabel Avilés, no solo la distinción que tan calurosamente hoy me otorga, sino sobre todo su labor de difusión de la lengua que compartimos, ese caudal que mana como lo que es: la sangre de nuestros espíritus.

Agradezco al Jurado del Premio Platero 2011 la generosa apreciación de mi trabajo, desde la admiración y el respeto por su labor, a mi entender, dificilísima. Pienso también en los que, para participar en él, han vencido sin recompensa el pudor de dar a leer lo que escriben. Ese paso valiente es por sí solo merecedor del mayor de los premios.

Agradezco, como un guiño en la intimidad, a mi familia el haberme regalado la posibilidad de crecer envuelto en un amor incondicional y desmesurado, y el haberme dejado expuesto, desde la más tierna infancia, al contacto venturoso, áspero a veces, y siempre enriquecedor, con los libros.

Y te agradezco a ti, María, finalmente, por haber convertido en mi costumbre cotidiana el hecho desacostumbrado de ser feliz.

Sobre mi relato, he de decir que lo escribí pensando en los espacios poblados de fantasmas que ocupan casi totalmente la imaginación del escritor. Porque escribir, déjenme que les revele este secreto a voces, es, antes que otra cosa, y por encima de todo, resignarse a vivir entre fantasmas. Te los cruzas en el pasillo de casa, misteriosos y suaves, como hechos de luz azul y de algodón, o cuando bajas, precipitadamente, las escaleras del metro. Están allí, quietos, mirándote, los personajes a los que diste mala vida o mala muerte, o aquel infeliz que en tu relato perdía, por sus actos innobles, el aprecio de la mujer amada. Piden, acaso, mientras se desvanecen, como el padre de Hamlet, memoria y venganza. Y de tanto andar entre fantasmas termina por adherirse a tu piel algo de su transparencia, esa luminosidad que es el rastro más visible de la fantasía. Porque escribir es también saber compartir los sueños, lo que vemos sin ver del todo, lo que dudamos percibir con los sentidos aunque inunde por completo nuestra sensibilidad. Y porque al escribir descubrimos, como al leer, que sueño y fantasía son el refugio último de la libertad humana.